

SEMBLANZA DEL DR. GARCÍA DÍAZ:
UN PASEO POR SU BIBLIOTECA

Por FRANCISCO MORALES PADRÓN

Para mí fue algo más que un amigo. Cuando en 1988 publiqué *Guía sentimental de Sevilla* la dediqué a “Chano García Díaz, más que amigo”. Era el colega universitario y académico, era el médico, era el consejero, era el ejemplo. Nos unió una amistad larga, profunda e invariable, tal como el valoró la relación suya con Florentino Pérez-Embid, otro amigo inolvidable.

No voy a exponer su curriculum, de todos conocido, especialmente en su faceta profesional de la Medicina como cirujano y docente. Gozó de prestigio y fue un maestro. Hizo escuela en la que figuran nombres sobresalientes. Fue un maestro brillante y elegante, esclavo de las formas pues cuidaba de sí mismo como cuidaba de la prosa de sus escritos y de la oratoria de sus disertaciones. Manos elegantes, expresivas, diestras para manejar el bisturí y para acentuar o conformar sus palabras. El escribió que existían tres tipos de maestros: los peores, los que no enseñan nada; los medianos, que enseñan lo que ellos saben; y los que enseñan los modos de aprender. Pertenecía a los últimos.

He dicho que no voy a entretenerme con su curriculum, sabido y que resultaría impersonal. Además, me resisto a encerrarle en el marco de media docena de calificativos. Por lo tanto no voy tampoco a tratar de García Díaz cofrade, pregonero o

hermano del Valle; ni de su condición de humanista, académico de Medicina y Buenas Letras; ni de sus ejecutorias como enamorado de Sevilla; ni de su afición al canto gregoriano y el cante jondo.

Voy, simplemente, a relatar unas vivencias íntimas que, tal vez, insistan en matices conocidos de su personalidad, pero que vividas por mí cobran el valor de lo directamente testimonial. A base de ellas hubiera querido esbozar una descripción con perspectiva, enfocándolo desde un ángulo original, imprevisto, con mirada profunda en un intento de mostrar aspectos recónditos del amigo. Algo similar a lo que hizo Juan Ramón Jiménez en los retratos de *Españoles de tres mundos*. Según Ricardo Gullón, Juan Ramón, aparte de ver la realidad, descubre su sentido en relación con lo existente tras de ella inaccesible a los ojos del espectador. Tarea imposible para mí; primero, por no poseer las facultades del poeta de Moguer, y, segundo, porque la idiosincracia de nuestro amigo ofrece facetas inaccesibles o inabordables, incluso para el mas allegado.

Me limitaré, como he anunciado, a relacionar unas experiencias vinculadas con su biblioteca, en la que soñó celebrar reuniones acompañado de sus colegas y discípulos. Constituyó aquel espacio íntimo de su morada, contenido y continente, una prueba de sus sueños, proyectos e ilusiones y una imagen de su carácter.

Lo que voy a contar sucedió en días de calor. Su casa de la calle Cruces en el barrio de Santa Cruz, estaba vacía. Quedaban restos de cosas desechadas, una bata médica colgada en un pica-porte, soledad y silencio. Permanecían sin tocar un gabinete albergue de una completa colección musical, y la biblioteca. Yo estaba allí a petición de la esposa para clasificar el contenido de la biblioteca. La ausencia de vida en torno, el silencio envolvente me sobrecogían y mi fantasía se disparaba. El manejo de cada volumen me distrajo y me permitió comprobar que se trataba de un rico material bibliográfico debidamente ordenado por su dueño. Incluso, había un fichero. Dentro de las nobles y bellamente talladas maderas de la librería se disponían los libros. Allí se ofrecían por materias las obras o los autores compañeros fieles de mi amigo. Ido él, allí permanecían huérfanos de su atención, curiosidad y mimo.

Primero venían los libros y revistas sobre Medicina , especialmente de Cirujía. Seguían dos curiosas por heterogéneas materias representadas por un corto número de títulos. Trataban ellos de Jardinería, y de la Muerte.

El interés por la jardinería no sé si contaba con sus ancestros camperos, pero obedecía al jardín de su mansión en el barrio de Santa Cruz, en el que hizo crecer una hermosa rosaleda de donde se nutría el perenne búcaro que en su mesa acogía a una rosa amarilla. Le gustaba las rosas amarillas, como a Juan Ramón como a Miguel Angel Asturias.

En cuanto a la Muerte creo que desde un inicial y estudiantil ensayo que presentó a un concurso y que tituló *El médico ante la muerte*, creo, digo, que fue una perenne preocupación en su condición de creyente, de simple mortal, y como médico que puede ganarle mas de una batalla a la muerte que, sin embargo, acaba imponiendo “todas sus demandas”. No me sorprendió tropezarme con aquel lote de libros que trataban del hombre frente a la muerte, la vida después de la muerte, la hora de la muerte, la vida después de la vida... porque el arcano del mas allá es algo presente en el hombre, mas en un médico de profundas convicciones cristianas-.

Prosiguiendo en el lado derecho de la librería, encontrábamos una selecta representación de obras sobre Sevilla. Continuaban dos bloques de libros, en el primero de los cuales entraba la literatura de ficción extranjera y española. Había mas de una colección editada por distintas editoriales. Se habían reunido los clásicos internacionales y nacionales, sin que faltasen los autores contemporáneos sevillanos. Me entretuve sobremanera examinando unas excepcionales versiones facsimilares, propias de bibliófilos, entre las que recuerdo *Platero y yo* en gran formato y varias ediciones de la Biblioteca Apostólica Vaticana (*Libro de Horas* , *Oficio de la Virgen*).

Los gustos y tendencias literarias de Sebastián García Díaz quedaban reflejadas en aquellas decenas y decenas de títulos, así como su sensibilidad estética ante la bella edición de obras que nos enriquecen no sólo por su contenido sino por su aspecto externo.

Seguía la segunda serie de libros que nos produjo una inesperada sorpresa pues lo integraban un apreciable conjunto de monografías sobre la segunda guerra mundial y sus personajes. El

responsable de aquella abundante bibliografía sobre tal conflagración demostraba ser un hombre de su tiempo, al que no le era ajena la problemática mundial.

Al final, atrás, se divisaban un tresillo y una reproducción de su cabeza en bronce. Regresando por el lado izquierdo, de retorno ya hacia la salida se situaban los volúmenes que representaban el género poético, al que tan aficionado era nuestro amigo y donde no faltaba completa la Colección Adonais junto a los poetas preferidos suyos: Juan Ramón, Cernuda, León Felipe, Miguel Hernández, Alexandre, Salinas, Tagore, Luis Rosales ...etc.

En un archivador se disponían fichas con textos en prosa o verso que solía intercalar en sus conferencias. Hojeando sus dos libros *Escritos en Sevilla* y *Saber para servir* (lema de su ex libris) podemos constatar la inclusión de versos debidos a J.Ma. Requena, Ma. de los Reyes Fuentes, A. Machado, J.Hierro, Foxá, Salvador Espriú, San Juan de la Cruz, J.M. Valverde, Neruda, Juana Ibarburu, etc. En el testero en cuestión con ventanas abiertas al jardín y continuando hacia la salida hallábamos diccionarios enciclopédicos, obras de tipo general, sobre arte, sobre historia, sobre geografía, etc. Por último, se alineaban libros de asuntos religiosos, que fueron donados al convento de Santa Paula, al que estaba muy vinculado, mientras que los Pregones de la Semana Santa Sevillana, en sus primeras ediciones, los depositamos en la Biblioteca de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras para que al menos en ella quedara una leve huella de quien fuera su Vicedirector.

Todos los libros que acariciaron las manos de su dueño habían pasado también por las mías. En ambas ocasiones fueron sin duda una tentación. Lo es todo libro que adquirimos y aguarda su lectura. Centenares de tentaciones se recostaban calladas e insinuantes en los anaqueles de aquella biblioteca. Yo había sido autorizado por la viuda de mi colega para escoger lo que estimase de interés personal. Fue una perturbadora merced porque casi todo me interesaba. Hubo, sin embargo, tres títulos, leídos en mi juventud, que acapararon mi codicia intelectual: *Platero y yo*, *El dolor en la vida y en el arte* y *La oración* de Alexis Carrel. Acusaban un repetido o asiduo manejo por parte de quien fuera su propietario. No resultaba aventurado suponer que sobre sus páginas se había dejado sentir el interés de un lector, sobre todo en las de

Platero y yo, edición de Losada, año 1942. Del año siguiente y publicado en Madrid era *El dolor en la vida y en el arte* por Leopoldo Cortejoso. Finalmente, *La oración*, con categoría de opúsculo, escrito por el autor de *La incógnita del hombre* cuyo inquietante contenido siempre nos atrajo desde los años del Bachillerato.

De estos libros, uno me ha acompañado siempre, *Platero y yo*. Con el burrito moguerense he trotado (quiero decir que he soñado) por los caminos de Moguer, Palos, La Rábida (referencia ineludible en una biografía del Dr. García Díaz), y Punta Umbría. Con *Platero* y en estos paisajes me he sentido panteísta y he hecho mío lo que escribe el Dr. Carrel “...donde mejor se puede hallar a Dios es en contacto con la naturaleza en el campo, en las montañas en los bosques o en la soledad de la habitación.” O en el recogimiento de la biblioteca de Chano García Díaz, acompañado únicamente por el silencio, mi fantasía, y los miles de personajes reales o ficticios, habitantes de los volúmenes que me miraban y que yo miraba sin mediar palabra alguna.

Son muchas las veces en que rodeados por nuestros libros permanecemos mudos, inertes, desechando la lectura y alimentándonos con la visión de los tomos que aunque nos dan las espaldas y pese a nuestro aparente desinterés, se están ofreciendo desprendidamente. En la penumbra y sosiego de la biblioteca, que mi imaginación transformó en santuario, entré en una tensión de espíritu típico de lo que Alexis Carrel considera oración, “una queja, un grito de angustia, una llamada de socorro, una elevación del alma, hasta Dios o como un acto de amor y de adoración para con Aquel a quien se debe este prodigio que se llama vida”. Esa vida a la que él dedicó la suya.

No recuerdo cuando leí por primera y única vez *El dolor en la vida y en el arte*. Conservaba, conservo, numerosas anotaciones que hice de su contenido. Debí realizar su lectura en los primeros cursos de la carrera, década de los 40, Quise releerlo posteriormente y no pude. Me interesaba cotejar mis anotaciones sobre el valor y significado de la enfermedad en la creación artística. Cuando no lo esperaba, ni me urgía su encuentro, lo encontré en la biblioteca del Dr. García Díaz. Así, pasados los años, me reencontraba, gracias a aquel libro, con Mozart. Chopin, Bécquer, Teresita de Lisieux,

Luis Gonzaga, Leopardi, San Francisco de Asís, y otros seres afectados de una patología determinante en su obra creadora. Y con ellos la tuberculosis y la muerte. La muerte, tendiendo siempre su celada. El tema, el de la muerte, lugar común de la poesía universal, fue el primero al cual se acercó nuestro amigo como autor de un ensayo que tituló *El médico ante la muerte* y que ya citamos. El título ofrece reminiscencias con el de Leopoldo Cortezoso, pero lo expuesto es disímil; sin embargo a nosotros nos interesaba por el protagonismo de la muerte, presente en los ensayos, en las conferencias y en las preocupaciones de García Díaz. Ya en su primerizo ensayo confesaba. “*Y yo, desde que empecé a tener contacto con la humanidad que sufre, he pensado muchas veces con cariño y aflicción en la muerte, que hacía su guardia permanente en las salas propicias del hospital*”.

Si como dice Cernuda la lectura de un libro debe ser una revelación maravillosa, tras de la cual quien lo leyó ya no es el mismo, o lo es más de como antes lo era, nosotros, en efecto, después de leer estas obras acusamos su impronta. ¿Le sucedió lo mismo a Chano García Díaz?

¿Quién determinó, pasados tantos años, casi medio siglo, mi reencuentro con ellas? Pensarlo me conturba. Estos libros de mi amigo, ahora también míos, han acrecentado su mensaje.

Un texto de Historia sirve fundamentalmente para hacer presente el pasado. Estos libros sin serlos de Historia, sin embargo, con solo su contemplación, me actualizan un pretérito y además me evocan la memoria del ser querido. Gracias a ellos converso con sus autores, converso con los personajes que recorren sus páginas y converso con el amigo que ya no está y, que sigue compartiendo su posesión conmigo.